

EL RINCÓN DE LA ACADEMIA



Es común en el discurso político y en las manifestaciones de descontento social que los ojos estén puestos sobre los tratados de libre comercio que se producen día a día por el mundo. Y si bien en ese escenario la retórica que plantea su eliminación puede tener cabida, lo cierto es que en estas épocas de comercio globalizado su proliferación es apenas natural. Cuando la discusión asume esa realidad insoslayable, la cuestión se inclina más bien hacia las maneras de conseguir que sus efectos sean menos nocivos para los países. En ese nivel superior de discusión se inserta el aporte del doctor en derecho internacional

económico **Julián Tole Martínez**, con su libro **'Solución de controversias en los TLC. Aportes del derecho de la OMC'**, editado por la Universidad Externado de Colombia. En él están explicados con rigor técnico todos los mecanismos internacionales que permiten resolver las diferencias, evitando que las controversias comerciales terminen convertidas en disputas de corte político. Y para mejor comprensión local, hace énfasis en los TLC celebrados por Estados Unidos y la Unión Europea con los países latinoamericanos. He aquí un aporte para ir a lo concreto y poner en su sitio los enmohecidos discursos de corte populista.

Editor Domingo: Nelson Fredy Padilla Castro.
Jefe de Redacción: Elber Gutiérrez Roa.
Editor Multimedia: Leonardo Rodríguez.
Jefe de Clero: Ricardo Avila Palacios.
Coordinador Opinión: Andrés Páramo Izquierdo.
Editores:
Arte y Género: Fernando Araujo V.
Deportes: Olga Lucia Barona.
Internacional: Angélica M. Lagos C.
Investigación: Norbey Quevedo H.
Judicial: Juan David Laverde P.

Política: Hugo García S.
Negocios: Edwin Bohórquez Aya.
Bogotá: John Alexander Marín Correa.
Vivir: Pablo Correa.
Reportajes: Diana Durán.
Redacción Especial: Mariana Suárez.
Redacción:
Política: Felipe Morales, Alfredo Molano y Camilo Enrique Segura.
Arte y Género: Juan Carlos Piedrahíta, Santiago La Rotta y Juan David Torres.

Deportes: Luis G. Ordóñez, Luis G. Montenegro.
Judicial: Juan Sebastián Jiménez, Santiago Martínez.
Bogotá: Verónica Téllez, Santiago Valenzuela y Natalia Herrera.
Negocios: Jairo Chacón, Héctor Sandoval y Oscar Guesquín.
Vivir: Angélica Cuevas, Sergio Silva.
Internacional: Diego Alarcón, Daniel Salgar.
País: Pilar Cuatrecasas.
Redacción Especial: Jahel Mahecha, Juan David Moreno, Marcela Díaz Sandoval y Mariángela Urbina.

Editor Gráfico: Julio César Carrero Ladino.
Diseño: Mario F. Rodríguez, Eder Rodríguez, William Nampira, Hedy Amaya y William Botta Suárez.
Infografía: Jonathan Bejarano.

Editor Fotográfico: Nelson Sierra G.
Fotografía: Oscar Pérez, Luis Ángel S., Gustavo Torrijos y Andrés Torres.

Ébola, ¿tragedia o injusticia?

RODRIGO UPRIMNY



EL ÉBOLA FUE DESCUBIERTO EN 1976 y desde entonces ha habido una veintena de brotes, siempre de gran letalidad. ¿Por qué entonces en estas décadas, de intensos desarrollos médicos, no hubo avances significativos para desarrollar una vacuna y un tratamiento eficaz contra el ébola?

La respuesta no es que el ébola sea un virus muy difícil de enfrentar médicamente, sino que no ha habido plata suficiente para investigarlo. Por ejemplo, el profesor Geisbert, de la Universidad de Texas, desarrolló desde 2005 una vacuna que es eficaz en macacos, pero la falta de fondos impidió que fuera probada adecuadamente en humanos y que de pronto ya estuviera disponible.

La falta de dinero para enfrentar esta amenaza letal se debe primero a que no es buen negocio.

Según un artículo de John Rottingen y otros, publicado en 2013 en *The Lancet*, 60% de la investigación médica es hecha por farmacéuticas privadas, que buscan obtener y explotar patentes. Esto distorsiona las prioridades, pues la investigación se dirige a crear medicamentos que tengan una demanda estable de pacientes con capacidad de pago. Las dolencias crónicas en sociedades de alto ingreso son entonces la preferencia investigativa de estas compañías, pues se trata de pacientes que pueden pagar medicamentos costosos por largos años.

Las patentes desincentivan la investigación sobre productos que permitan curar inmediatamente o prevenir enfermedades de personas pobres. La investigación contra el ébola cae en esa categoría, pues la vacuna se aplicaría una o pocas veces, y los tratamientos serían de corta duración. Y aún peor: los potenciales clientes estarían en África. Un pésimo negocio.

No debe entonces sorprendernos que, por el sistema de patentes, las farmacéuticas dediquen mucho más dinero a investigar sobre la calvicie que sobre enfermedades infecciosas tropicales letales.

Pero, ¿por qué los Estados o las organizaciones filantrópicas, que no se guían por la rentabilidad, no financian la investigación sobre ébola. Y la respuesta también es escandalosa: porque el ébola es una enfermedad de pobres, que no amenazaba a la salud pública de los países ricos, pues los anteriores brotes habían afectado a unas centenas de personas y habían quedado confinados a algunos lugares de África. Y como, según el mismo artículo de *Lancet*, el 90% de la investigación médica es hecha con plata de los países ricos, no resulta sorprendente que la financiación pública para enfrentar el ébola haya sido también muy escasa.

El sistema de patentes y las opciones de los países ricos han hecho que las enfermedades contagiosas tropicales, como el ébola o la malaria, sean ignoradas por la investigación médica, que sólo les dedica 1% de los fondos investigativos mundiales. Y los fondos sólo aparecen cuando estas enfermedades se acercan a Europa y América del Norte.

La presente crisis del ébola es no sólo una terrible tragedia humanitaria, es una escandalosa expresión de las injusticias globales en salud.

* Director Dejusticia y profesor Universidad Nacional.

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



En el banquillo

Un pueblo a cuestras

ALFREDO MOLANO BRAVO



NO SÉ SI SERÁ VERDAD, PERO DICEN que la empresa china contratada para devolverle la navegabilidad al río Magdalena está proponiendo trasladar Honda, la venerable. Un proyecto muy parecido al que se les ha ocurrido a los planificadores del desarrollo con la gente del Quimbo, Huila: mandarlos a reconstruir su tierra en las selvas del Amazonas porque han decidido construir una nueva hidroeléctrica. Hay experiencias de estos traslados técnicos. Por ejemplo, la de Gramalote. Un día el pueblito se escurrió porque estaba construido sobre un falso. Se escurrió y se partió en pedacitos. La iglesia quedó en un lado, la cárcel en otro, los parques por aquí y por allá, y las casas cada una donde las fuerzas telúricas la reubicó. Gritos de espanto. Medios a discreción. Tema para varios meses. El presidente, con su pantalón anaranjado, se hizo presente con todos sus ministros, los muchachos y muchachas de Planeación, los profesionales en grietas y auxilios, el obispo, los generales, los topógrafos, la Defensa Civil y una larga cola de ONG. La gente corrió despavorida a refu-

giarse en Cúcuta, San Cristóbal, Bucaramanga, Bochalema. Y allí se quedó hasta que el Gobierno la mandó llamar a decirle que había encontrado una lomita donde reconstruir el pueblo. Que no había sido fácil porque los ocupantes de la lomita eran ocupantes sin título, o con título, pero falso, o que tenían hijuelas e hijuelas de hijuelas. Un problema jurídico complejo sobre el cual no se podía pasar debido a que estamos en un país de leyes. La gente no fue a mirar porque conocía la lomita como sus propias manos. Lo que sí querían saber era cómo iba a ser la iglesia, dónde iba a quedar la cárcel, quién iba a diseñar los parques. Las beatas preguntaron por el altozano, por el altar mayor, por la custodia. El clima político se iba complicando cuando se preguntó por el color de la casa de gobierno. Los santandereanos del norte son muy celosos de los colores políticos porque en Gramalote han pasado varias guerras civiles. Los altos empleados agonizaban de hambre y el piquete no aparecía. Para matar el tiempo y enredar la cosa, un arquitecto del Ministerio de Vivienda sacó el plano de las casitas. Y ahí fue Troya. Cada uno de los 6.000 habitantes quería la casa tal cual la tenía, pero no en el mismo sitio donde estaba. Todos querían quedar en el marco de la plaza porque, gritaban, estamos en un país donde la igualdad se respeta. A una operadora se le ocurrió la brillante idea de echarlo

a la suerte. Ni que el diablo se hubiera aparecido: los antiguos dueños de las casas señoriales pusieron el grito en el cielo. Ni más faltaba: los derechos se heredan. Hubo amago de puños. Se superó la emergencia cuando el intrépido general Palomino pitó para que sus muchachos intervinieran. El orden regresó por pocos minutos hasta que alguien preguntó por el acueducto. Nuevo problema. No aceptamos que nos vayan a meter agua del río Peralonso. Nada de eso. Queremos nuestra agua, la de siempre. El tema enfrentó el país político con el país nacional. Se habló de costos, de pendientes, de pulgadas. Nada, nada convención al pueblo soberano. El reloj marcaba las 4 p.m. El helicóptero no puede salir después de esa hora, dijo uno de los pilotos de Presidencia. Nos vamos, dijo el general. Y se fueron. La gente siguió discutiendo hasta bien entrada la noche cuando se propuso cambiar el nombre del pueblo por el de Uribe Uribe, el héroe liberal que los conservadores dejaron pasar el puente sobre el río Peralonso en la guerra de los Mil días, para masacrar su ejército después en Bucaramanga. Los liberales alzaron el puño. Los conservadores propusieron hacerle caso al procurador y llamar al nuevo pueblo Samuel Jaimes, en honor al cura que reconstruyó las torres de la iglesia que el temblor de 1875 derrumbó. Ningún acuerdo. El traslado de los pueblos no es cosa fácil.